

porque nunca he creído merecerlo; mis hermanos en poesía lo saben bien; pero creo que merezco esa benevolencia, porque he secado la sávia de mi juventud escribiendo, porque yo no tengo más anhelo, más placer, ni más ambición que el aprecio de mis compatriotas; yo no tengo pretensiones, tengo esperanzas.

Si algún día veo realizadas mis dulces ilusiones, habré conseguido cuanto pude desear en la vida; si por el contrario, como es más probable, me abismo con todos mis sueños de gloria, entónces tendré la conciencia de haber trabajado hasta mi último aliento, y moriré tranquilo y resignado como un mártir.

México, Enero de 1858.

Juan Diaz Covarrubias.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO I.

A astuto, astuto y medio.

En las inmensas llanuras que se encuentran hácia el Sur en el Estado de Veracruz, entre las pequeñas aldeas de Jamapa y Tlaliscoyan, orillas de un brazo del río Alvarado y no tan cerca de la barra de este nombre, para que pudiera considerarse como un puerto de mar, se alzaba graciosa á la falda de una colina y como oculta á la mirada curiosa de los escasos viajeros que por allí suelen transitar, la pequeña aldea de San Roque, cuyo modesto campanario se podía percibir, entre el follaje de los árboles, dominando el pintoresco caserío.

Esta aldea, medio oculta en una de las quebradas del poco transitado y mal camino que conduce de la barra de Alvarado á la villa de Córdoba, aislada completamente de las relaciones comerciales

y políticas, contendría escasamente en la época que comienza esta narracion, de seiscientos á ochocientos habitantes, la mayor parte indígenas, labradores en los sembrados de maíz, de tabaco y de caña que se cultivan en algunas rancherías de las inmediaciones, familias de viejos señores de las ciudades mas cercanas, como Veracruz, Jalapa, Orizava, Cosamaloapam, antiguos guardias de las milicias del virrey, retirados ya del servicio, restos de la aristocracia de segundo orden, cuya decadencia comenzaba ya en aquella época, ó hasta media docena de acomodados labradores, que poseian fértiles terrenos, en que cultivaban las semillas que tanto abundan en esos climas privilegiados.

Los habitantes de la primera clase, pasaban la mayor parte del día en los campos de las pequeñas haciendas, y solo en las primeras horas de la noche se veian alumbrarse sus cabañas diseminadas sin orden y al acaso en un radio de cuatrocientas varas.

Los segundos habitaban modestas y graciosas casas de un solo piso generalmente, diseminadas tambien sin orden y segun el capricho de su dueño, ya en el fondo de una quebrada, ya á la falda de una pequeña colina, ya al fin de una cañada, ó en medio de una floresta.

Una tarde de los primeros dias del mes de Setiembre de 1810, á la hora en que el sol comenzaba á reclinarse fatigado detras de las lejanas montañas, cuando empezaba á reinar en el espacio, esa tinta crepuscular, luz de penumbra que resulta de la lucha entre el Sol que se muere y las sombras que nacen; á la hora en que el monótono y lejano ruido de la campana de San Roque, se confundia con

los cantos de los labradores que volvian alegres del trabajo y el mugido de los bueyes que desunian del arado, se unieron á los vagos pero infinitos murmullos que reinan en esa poética y sublime hora, los acentos de una música lejana.

¿De dónde nacian esas armonías?
¿Quién, en el rincón de esta aldea abandonada y tranquila, así impregnaba de dulces sonos el aura soñolienta del crepúsculo?

Para saberlo es necesario que sigamos los pasos de un jóven que á la sazón caminaba en la direccion de una calle sombría de árboles y á cuyo fin se distinguía una casita, blanqueando entre ellos á los últimos rayos del moribundo sol.

El que á ella se acercaba con precaucion y como temiendo ser visto, era un jóven que representaba tener de diez y ocho á veinte años á lo mas; pero tan alto, tan flaco, tan nervioso, que nada mas propriamente personificaba que la imagen de ese personaje, que bajo el prosáico nombre de Juan Largo, nos ha descrito el Pensador mexicano.

Sus brazos eran algo largos con relacion á su cuerpo y sus manos un poco largas con relacion á sus brazos, sus piernas no estaban tampoco en razon muy directa de longitud con el resto de su individuo. Sus facciones bastante pronunciadas para marcarse perfectamente, á pesar de la escasa luz que ahora sobre ella caia, no eran precisamente hermosas, puesto que los ojos eran algo grandes y un poco saltones, las orejas y la nariz grandes tambien, la barba un poco saliente, y la boca con los labios muy ligeramente vueltos hácia fuera, dejando entrever dos hileras de dientes blanquíssimos y afilados.

Pero por una de esas rarezas tan comunes en la naturaleza, el conjunto de aquella fisonomía huesosa y un poco angular, colocada sobre un cuello prolongado como el de una cigüeña, era, si no hermosa, á lo ménos simpática y agradable de contemplar, porque en ella se leían á primera vista, la franqueza, la sencilla jovialidad, la generosidad, el valor, todos los sentimientos nobles del alma, que por más que digan, en ninguna parte se retratan mas claramente al hombre observador, que en la fisonomía.

En efecto, aquellos ojos, vivos, movibles, que lanzaban miradas inmediatamente penetrantes, indicaban desde luego que acostumbraban verlo todo á primera vista; aquellos labios que se entredaban con frecuencia para formar una sonrisa muy particular, indicaban cierta espresion de chiste caústico y franqueza incisiva, cuando era necesario, aquellas orejas que tanto sobresalian del resto de la cara, parecian ir en efecto á la vanguardia para oírlo todo.

Vestia el jóven un traje medio campesino, medio de hombre de la ciudad. Componíase de una especie de chupa ó chaqueta de tela grosera, una corbata de color encarnado vivo, anudada sin orden á su cuello y cayendo sus puntas descuidadamente sobre su pecho, unos calzones anchos como ya entónces usaban los habitantes del campo, muy diferentes á los cortos y estrechos que vestian los de la ciudad, ceñidos con una banda de fino burato verde. Unos zapatos herrados y burdos de piel de gamuza de color amarillo y un sombrero de la tela llamada de "Vicuña" entónces muy en boga, cónico, color de canela, completaban este traje.

Ya hemos dicho que el jóven seguia la direccion de la calle de árboles, con precaucion y como temiendo ser observado. A veces en efecto caminaba acercándose á la casa que se distinguia al final de la alameda y despues permanecia un instante atento, lanzando sus penetrantes miradas á través de los campos ya casi oscurecidos.

En aquel momento, la campana de la parroquia de San Roque, sonó la oracion.

El jóven se descubrió respetuosamente dejando ver una cabeza rapada á la puritana, cabeza irregular, que tenia un poco del rombo, del cono y del triángulo, cabeza matemática, terminada por una frente ancha, despejada, convexa, verdaderamente hermosa, que debia encerrar pensamientos bullidores, de vida y de juventud. Sus labios perdieron su habitual espresion de malicia y murmuraron una plegaria. Despues, cuando hubo acabado, volvió á cubrirse y continuó su precautoria escursion.

La música seguia sonando y se hacia cada vez mas distinta.

Ya tocaba casi al fin de la alameda.

De repente se quedó parado y aplicó el oído en direccion al camino que atrás dejaba andado.

Le parecia haber escuchado un ruido.

El jóven no se habia engañado: eran los pasos de una persona que se acercaba y que muy pronto se dejó ver.

Era un anciano que por su trage y sus maneras, revelaba á leguas al labrador acomodado y contento con su suerte.

El jóven pensó primero en ocultarse, despues en huir; pero ambas cosas eran sumamente imposi-

bles, puesto que el que llegaba se encontraba ya á una distancia en que ninguna de estas dos manio-
bras hubiese escapado á su vista. Así es que, el
jóven se quedó parado y afectó mirar á la luna,
que por uno de esos cambios tan comunes bajo el
cielo de los trópicos, en que el crepúsculo dura un
instante y en que la noche sucede casi sin inter-
rupcion al dia, comenzaba ya á mostrarse en el
firmamento, todavía medio confundida con las úl-
timas inciertas tintas crepusculares.

El que se acercaba era como hemos dicho un
anciano de fisonomía alegre y jovial, un tipo de
hacendado, de esos que en México usando de una
metáfora ingeniosísima, se llaman *ricos-pobres*.

—Ola, ¿eres tú? Gil Gomez: por cierto que nadie
te conocería en esa posicion tan estraña que guar-
das, dijo al jóven con expresion de jovialidad.

—¡Ah! ¿es vd? tio Lucas, preguntó éste, afectan-
do sorprenderse y apartando sus ojos del cielo.

—Sí; pero ¿qué diablos haces por aquí, así mi-
rando la luna, vienes hácia la casa del buen doctor
para consultarle ó estás oyendo tocar á su bella hi-
ja la señorita Clemencia.

—Ninguna de las dos cosas, tio Lucas, sino que
pasaba por aquí y me ha dado gana de ver entre
los claros de los árboles ese cielo tan sereno y esa
luna naciente que anuncia una noche tan bonita,
respondió el jóven con su sonrisa particular.

—Sí, en efecto, la estacion se presenta bien en
este mes; pero ¿de cuándo acá, ¡piel de Barrabas!
eres tú afecto á contemplar la belleza de las cosas
naturales, tú que encuentras demasiado corto para
tus travesuras, el tiempo que te deja libre de los
quehaceres de la sacristía el buen padre párroco?

—¿Qué quiere vd? tio Lucas, con la edad viené
la reflexion. Así dice el señor cura que lo ha di-
cho un sabio cuyo nombre no recuerdo ahora; pero
ello es que era un sabio, contestó el jóven dando á
su cara naturalmente viva y animada un aire de se-
riedad grave, que á cualquiera otro que al inocente
tio Lucas habria parecido fingida.

—¡Vaya! ¿y está bueno el señor cura? preguntó
el anciano con interés. Hace algunos dias que no
lo veo.

—Con razon, tio Lucas, con razon; sus reumas
hace una semana que le impiden salir y lo tienen
clavado en un sillón de donde no saldrá sino para
el sepulcro; yo lo velo y lo cuido como un buen
hijo; pero ya vd. ve que la edad tan avanzada á
que ha llegado... y el jóven se interrumpió lle-
vando á sus ojos el reverso de su mano y entrecor-
tando su voz con un sollozo, que otro interlocutor
que el tio Lucas hubiera calificado de demasiado do-
niente para ser verdadero.

—¡Hum! dijo: no hay que affigirse, dile de mi
parte, que mañana pasaré al curato para visitarle,
y tú, sigue así siendo tan buen muchacho y gauán-
dote el aprecio de las gentes de respeto.

Hasta mañana, Gil Gomez.

—Hasta mañana, tio Lucas.

El anciano torció á la derecha siguiendo la direc-
cion de un estrecho sendero que conducia á su po-
sesion.

Gil Gomez, permaneció un instante atento, has-
ta que el ruido de los pasos del anciano se fué des-
vaneciendo gradualmente y se perdió en el silencio
de la noche. Su fisonomía volvió á tomar su ha-

bitual espresion de franqueza y travesura y murmuró entre dientes.

—Pobre tío Lucas, qué bien la ha tragado; pero hubiera yo quedado fresco si me sorprende el secreto de mi espedicion. ¡Jesus! ¡qué chismería me hubieran armado en el curato! ¡Puff! ni pensarlo quiero.

Y dichas estas palabras se preparó á continuar su interrumpida marcha.

La música seguía sonando siempre, y salía, ya no había que dudarle, de la casa á que ya llegaba Gil Gomez.

Era una casa de un solo piso, cuyo ancho y sólido porton pintado de color verde y situado entre dos ventanas de madera del mismo color, se elevaba encima de una escalinata de cuatro gradas; las ventanas por el contrario estaban al nivel del suelo; de cada lado de ellas se había formado un bosquecillo de esos árboles pequeños, siempre verdes, que tanto abundan en los países cercanos á las costas de Veracruz, y que se continuaban de cada lado formando un semicírculo, con la alameda que con tanta precaucion hemos visto atravesar á Gil Gomez.

La luna, que alumbraba á sus ojos esta escena, se ocultó repentinamente, pareciendo favorecer los intentos del jóven, que con un paso tan silencioso que ni el oído finísimo de un perro hubiera percibido, se deslizó hasta el bosquecillo de su derecha, murmurando.

—Ahora sí, aquí estoy bien, y puedo calcular el momento mas favorable. Pero como no esté ahí ese maldito perro Leal que debe ser lo menos pri-

mo hermano de Satanás, segun su astucia, porque entonces todo se lo llevó la trampa....

Gil Gomez había escogido un buen punto de observacion; protegido por los árboles había llegado hasta un lado de la ventana y desde allí podia sin ser visto presenciar lo que pasaba en el interior de la habitacion.

Avanzó con su misma precaucion la cabeza por entre los barrotes, y con una mirada rápida como el pensamiento, miró lo que vamos á decir.

La habitacion era estensa, no habia en ella mas muebles que un par de canapés de sólida madera con asiento de lo mismo, ocupando los dos costados de ella, del mismo lado en que se hallaba Gil Gomez, una mesa grande de madera de cedro colocada precisamente en frente de la ventana y por consiguiente en frente de él y un inmenso y amplio estante que ocupaba los lienzos restantes de la habitacion. Pero en cambio ese estante estaba atestado de libros y encima de él, se veían pajaros disecados, instrumentos de química, retortas, frascos grandes con fetos ó pequeños; con líquidos de diverso color, esferas geográficas y otros mil objetos; pero todo colocado con cierto orden, clasificado de cierta manera que revelaba desde luego el gabinete de un hombre estudioso, consagrado á la ciencia, y no la oficina de un charlatan.

Aquel era el estudio de un médico, y por si Gil Gomez lo hubiese ignorado habrian bastado á desengañarle, dos esqueletos encerrados en sus nichos y colocados en los dos únicos ángulos de la habitacion que él podia contemplar desde la ventana y que parecian mirarlo sonriendo con esa risa sarcástica de las calaveras, que tal vez se creyera que se

están burlando de la humanidad que al verlas suspira.

Un estremecimiento de horror que circuló por el cuerpo de Gil Gomez, denunció desde luego al joven todavía cándido, que conserva la superstición religiosa de los primeros años de la vida.

De codos sobre la mesa, apoyada su frente en una de sus manos, con la vista fija en un libro abierto, y sentado en una amplia butaca también de madera de cedro con asiento y respaldo de cuero amarillo, había un anciano que leía á los ténues resplandores de una lámpara que alumbraba escasamente el resto de la habitación.

Aquella frente surcada con las huellas que dejan el estudio y la meditación, aquella cabeza cuyos cabellos habían ido arrancando poco á poco las vigiliás, é inclinada hácia el pecho, aquella fisonomía tan pensadora, denotaban desde luego una juventud pasada en la reflexión, en la observación de las ciencias naturales, ciencia de la humanidad que envejece á los hombres en pocos años; pero que en medio de esa vejez les imprime un sello de juventud por decirlo así, y de vida, vejez que nunca es ridícula, vejez que despierta en el corazón de la juventud un noble respeto.

Este anciano era en efecto un médico, que después de haber ejercido largos años su noble profesión en algunas ciudades de Europa y de la Nueva-España, había venido hacia pocos años, fatigado del bullicio de la sociedad á vivir con el producto de su trabajo de treinta años, en el rincón de esta aldea oculta y apartada del mundo, con su hija, fruto de su pasión con una joven inglesa, qué hacia diez y ocho años había desposado en su país por

gratitud y que había muerto al pisar las abrasadas costas del Golfo de México; con su hija, hermosa niña, que solo diez y siete veces había visto cubrirse de verdes hojas los árboles, inocente, pura y amorosa como las palomas de los bosques en que habitaba, tierna y sencilla como la primera sonrisa de un niño.

El doctor había dividido su tiempo entre la educación de su hija, sus estudios y el recurso á los desgraciados y á los pobres enfermos que desde diez leguas á la redonda, le llamaban bendiciéndole, su padre querido, su Providencia, el amparo de los desvalidos.

Si en aquel momento el Doctor hubiese levantado la cabeza, del libro en que atentamente leía, hubiere observado en la ventana, frente á él, pegado á los barrotes, una cabeza que le observaba con cuidado.

—¡Bueno! dijo para sí Gil Gomez, ¡Bueno! el Doctor estudia en su gabinete y la señorita Clemencia toca el piano en su habitación: ¡Bueno! como ese maldito perro Leal se encuentre ya en los corredores de adentro, la cosa marcha á las mil maravillas. Veamos.

Y con la misma precaución con que lo hemos visto llegar á la ventana de la derecha, Gil Gomez se deslizó, siguiendo la dirección semicircular que limitaban los bosquecillos, hasta la ventana del lado opuesto y antes de observar lo que pasaba en el interior de la habitación, se quedó un momento de pié.

Tocaban el piano pero desde luego se conocía que la persona que con tanta dulzura despertaba á las dormidas brisas de la noche, no era por cierto

una aldeana y comprendía perfectamente el sublime espiritualismo de la música.

El piano preludiaba la música de una melancólica balada inglesa ya antigua en aquella época; pero impregnada de triste poesía y dulce misticismo.

Después una voz argentina, pura, vibradora como las notas menores de un clavicordio, es decir con una vibración medio apagada, se mezcló á las dulces entonaciones del piano y recitó en inglés las estrofas de la balada.

Eran las palabras que una joven dirige al amado de su corazón en el momento en que este parte á lejanas tierras para buscar fortuna y gloria en la guerra: cada una acababa con ese "Farewell, forget me not," de los ingleses con que tanto quieren decir y que no tienen traducción en ningún idioma.

Aquella voz dulcísima que cantaba en un idioma extranjero las estrofas moduladas en la música de los puritanos, estrofas que espresaban sentimientos acaso en acuerdo con los que ahora dominaban el corazón de la cantora; aquella voz oída en el rincón más oculto de una ignorada aldea del Nuevo-Mundo, aquella joven hermosa, hija de un anciano médico, inglesa por nacimiento y por sentimiento, mexicana por educación y por idioma, aquella noche tan tibia de Setiembre, aquella brisa cargada de aromas y de armonías, hubieron de hacer una impresión tan profunda en el corazón de Gil Gómez, que se quedó estasiado con las pupilas fijas y los labios entreabiertos, con el oído atento por la emoción, como queriendo aspirar los perfumes, como queriendo escuchar las melodías, de aquella brisa que hasta él llegaba.

— ¡Oh! dijo con visible emoción; ¡cuán hermosa es ella, y él que dichoso; pero, cuán desgraciados van á ser ambos dentro de poco!

Y al decir estas palabras, la cabeza volviendo á recobrar su imperio sobre el corazón, el joven se acercó á la ventana y con la misma mirada particular con que la hemos visto recorrer el gabinete del médico, registró violentamente el interior de la estancia.

La misma sencillez en los muebles colocados con ese orden que revela la tranquilidad, el bienestar de la vida de provincia; pero ese perfume, esas delicadezas, esos detalles que solo en el gabinete de una joven hermosa y aristócrata se encuentran: el lecho de metal sencillo; pero con un pabellón blanquísimo de muselina con lazos encarnados, el tocador de madera de cedro barnizada; pero cubierto de esas chucherías primorosas, arsenal desde donde las mujeres se preparan al combate de corazones: la mesa sencilla y modesta; pero adornada con un jarrón de nívea porcelana cubierto de flores, el pavimento de madera; pero sin que un ojo indiscreto pudiese encontrar ningún objeto que alterase su tersura; flores en todas partes, flores en el tocador, flores en la mesa, flores en la ventana y por último una joven de diez y siete años, blanca como una inglesa, pálida como una estatua de mármol, con una frente despejada como un cielo de verano, con unos ojos de ese azul oscuro particular que dejan trasparantar las niñas y que lanzan una mirada prolongada, adormecedora, silenciosa, con una nariz recta y fina, casi trasparente hácia las estremidades, con una boca pequeña como la de un niño, que nunca se entreabre para dejar caer un sarcasmo ó

un chiste, que solo parece formada para exhalar plegarias ó palabras de amor, unos cabellos suaves de color castaño oscuro, bajando á los lados de la frente, cubriendo unas orejas pequeñas y finas y anudándose hacia atrás para formar ese sencillo peinado de las inglesas; un óvalo de cara, un tipo peculiar, un cuello, una estatura, altiva y sencilla á la vez, modesta y aristocrática, como la mas hermosa de las mugeres de la Biblia, "Ruth, la espiadora" y luego esa jóven que entona un cantar místico y armonioso como todos los de los Puritanos y una jóven huérfana que en su semblante está revelando la pureza de sus sentimientos, la inocencia, la pasion, la poesía de su aislamiento.

Todo esto contempló Gil Gomez en un momento; pero tambien contempló muy á su pesar un enorme perro, que con la cabeza entre las piernas vuelta hácia su ama, dormitaba ó aparentaba dormir.

El jóven se hizo atrás tan violentamente para no ser visto por el perro, que produjo un ligero ruido en la ventana.

El animal volvió la cabeza hácia ella y gruño sordamente, pero aquel ruido habia sido tan ligero, tan semejante al que produciria una hoja seca al desprenderse del árbol, que volvió indolentemente la cabeza á su primera posicion.

—Maldito animal, murmuró Gil Gomez, si no se quita de ese lugar todo se echó á perder y no puedo cumplir fielmente el encargo de Fernando. Ademas va haciendose ya muy tarde y van á extrañar mi presencia en el curato.

Entonces se entabló una lucha entre el animal

y el hombre, lucha de astucia, en la que este último debia quedar indudablemente vencido.

Gil Gomez, protegido por los sonidos del piano volvió á avanzar con precaucion la cabeza conteniendo hasta la respiracion. Pero esta vez sea que el perro hubiese sentido al jóven ó que lo hubiese visto, se separó de su sitio y se acercó á la ventana, ladrando estrepitosamente.

—Leal; quieto; aquí, dijo la jóven con su misma voz de música que ya hemos escuchado y con su acento ligeramente extranjero; pero tan ligero como el que se puede recibir de la costumbre de hablar su idioma primitivo lo tres primeros años de su vida para no volver á hablar mas. Leal lanzó otros tres ó cuatro ladridos, que se perdieron por la vasta estension de los silenciosos campos.

—Leal, aquí, volvió á repetir la jóven.

El animal no viendo moverse ni una hoja en el campo que podian abarcar sus ojos, lanzó un último ladrido y se volvió refunfuñando descontento á su sitio; pero con la cara vuelta á la ventana.

La jóven seguia cantado sin sospechar la vigilancia de que era objeto.

Gil Gomez consideró que un perro de la especie de Leal no seria muy fácil de ablandar y que al verle en la ventana, armaria un escándalo capaz de alarmar al Doctor y á los demas criados de la casa; el bosquecillo en que tan violentamente se ocultó durante la presencia de Leal en la ventana pudo solo evitarlo.

Así es que resolvió alejarlo de aquel sitio; para lo cual se internó en el bosquecillo que se confundia con el costado izquierdo de la casa hácia el cual

daban tres ventanas de las piezas interiores de ella y produjo un ruido en una de las vidrieras, ruido que nadie mas que el animal percibió, pues se lanzó ladrando fuertemente al interior de la casa.

Fué tan violenta la acción del perro, que la jóven dejó de cantar y se paró del piano, diciendo de nuevo.

—Vamos, Leal; aquí.

Pero despues oyendo que los ladridos del animal se iban alejando hacia el fondo de la casa, volvió al piano murmurando:

—Que sé yo que tiene Leal esta noche.

Gil Gomez despues de haber llamado la atención del perro á otra parte, alejándolo por un momento, se deslizó por el bosquecillo, ligero como el pensamiento, hasta volver á la ventana, á cuya vidriera dió tres golpecillos tímidos y discretos.

—¿Quién llama? dijo la jóven lijeramente asustada.

—Yo, señorita Clemencia, yo soy, dijo Gil Gomez procurando dar á su voz un tono de confianza y seguridad para tranquilizar á la jóven.

—¡Ah! ¿es vd? señor Gil Gomez, dijo ésta acercándose á la ventana.

—Sí señorita, respondió Gil Gomez sacando precipitadamente un papel y poniéndolo en manos de la jóven; yo que traigo este encargo de Fernando.

A esta acción y á este nombre, la jóven se estremió de alegría y se ruborizó de sorpresa, tomando el papel que le entregaban.

Gil Gomez iba tal vez á continuar hablando; pero los ladridos del perro se escuchaban cercanos y solo pudo decir precipitadamente.

—Buenas noches señorita Clemencia.

—Adios, señor Gil Gomez, mil gracias, dijo ésta con su misma dulcísima y argentina voz.

Despues se aproximó á la banja colocada encima del piano y leyó trémula de emoción las siguientes palabras:

“Clemencia: CAPITULO

“Mañana debo partir, hoy como ya acaso sabrás por el doctor, que ha hablado con mi padre, ha llegado el despacho y la orden del señor virey Venegas.

“Tenemos muchas cosas que decirnos por la última vez.

“Si me amas, espérame esta noche al dar las doce, junto á la puertecilla del jardin, que dá á los campos donde podremos hablar libremente, porque esta noche, no debe ir mi padre á visitar al doctor.

“¡Ah! ¡por qué triste motivo nos juntamos!

“Adios.

“FERNANDO.”

—¡Ah! crueles, ingratos, quieren separarnos, nos van á arrancar el uno del otro, dijo Clemencia dejándose caer de codos sobre el piano y ocultando su cabeza entre las manos para sollozar.

Cuando Leal se acercó á la ventana de la habitación, solo pudo oír el rumor de los pasos de Gil Gomez que se alejaba corriendo.

Esta vez, la primera de su vida, Leal habia sido burlado, completamente burlado en sus barbas, y cerca de media hora permaneció en la ventana, ladrando fuertemente por intervalos confundiendo-

se sus ladridos con los de los demas perros de San Roque, sin ser notado por su jóven ama, que con la cara oculta entre sus manos continuaba sollozando dolorosamente.

CAPITULO II.

Dos mortales formando un ángel.

¡Qué amores misteriosos eran esos, que así se alimentaban en el rincón de esa aldea solitaria?

¡Cuánta poesía debía haber en el amor de esta pobre niña huérfana, aislada con sus pensamientos purísimos y romancescos, lejos de su país natal y del contacto envenenado de la sociedad, entregada á su inspiracion, sin que la venalidad ni el interés hubiesen encontrado un eco en su inocente razon!

¡Pobre ave de blancas plumas! ¡ave huérfana! ¡ave sola! ¡ave estrangera! que vas atravesando el espacio con raudos y serenos vuelos, aspirando todo el aire que le llena, recibiendo todos los rayos de luz que le inundan, escuchando todos los murmullos dulcísimos y misteriosos del eter!

¡Pobre ave! Dios no quiera que ese aire se enviene para tu aliento; que esa luz te ciegue al inundarte, que esos murmullos se tornen en adioses, en gritos de dolor, en suspiros de despecho, que esa vida que Dios te ha dado como bendicion, languidezca y se te torne como castigo.

¿Quién era ese jóven Fernando, que tan profunda impresion habia inspirado en aquel inocente co-

razon? ¿Quién era que con solo una palabra de despidio hacia derramar abrasado llanto de aquellos ojos?

Fernando era digno de tanto amor y de aquellas lágrimas.

Hijo de un noble y honrado plantador de tabaco y hacendado de aquella provincia, habia pasado una parte de su juventud en un colegio de la Puebla de los Angeles y hacia dos años que habia vuelto al hogar á vivir al lado de su padre.

Muy al contrario de lo que sucede casi siempre con todos los jóvenes, hijos de familias acomodadas de provincia á quienes se envia á educarse en la ciudad, fuera de la vigilancia paterna: Fernando solo habia traído buenos sentimientos, instruccion, caballos maneras, respeto á todo lo noble y ese aire de melancolía y distincion aristocrática que hacen tan interesantes á los jóvenes.

Además, Fernando era artista, artista por inspiracion, artista por nacimiento si se quiere, y la mayor parte de los cuadros que adornaban los amplios y sencillos cuartos del hogar paterno, eran obras que á su mano habia dictado su imaginacion.

Con una fisonomía hermosa, melancólica y agradable de contemplar, con un porte simpático y distinguido, con una alma llena de pensamientos nobles, de espiritualismo, de amor, de poesía, dejándose arrebatar por todos sus buenos instintos, su vida era una incesante aspiracion á todo lo bello, cada pensamiento una ilusion, cada esperanza una fantasía, cada palabra una estrofa de la poesía del corazón.

Sucedió lo que era natural que sucediera.

Fernando al volver del colegio encontró á Cle-